

Esta tradición, señores, no lo olvidemos jamás, es la de la Libertad del Pensamiento. En nuestro entusiasmo por la Ciencia y la Razón, debemos mantener este principio fundamental: se ha de convencer á los hombres apoyándonos únicamente sobre su adhesión voluntaria, sin pretender jamás la infalibilidad, sin exigir ni imponer en nombre de la Razón el monopolio de dogmas inmutables.

Por eso protestamos, como lo hicieron nuestros antepasados, contra toda organización sacerdotal y religiosa exclusiva del consentimiento ideal, que toma su fuerza, sus doctrinas y sus prácticas en una autoridad sobrenatural, cuya representación es extranjera en todas las naciones como lo es en Francia. La teocracia en la historia del mundo ha sido un parásito que ha vivido y vive á expensas de las naciones y que no cesa de desarrollar en ellas, como en virtud de un virus específico, el fanatismo, la intolerancia y la superstición. Si queremos separarle, no es para reemplazar su opresión por la nuestra, al contrario, es para dejar á cada individuo la libertad completa de sus opiniones, de sus creencias y de sus prácticas personales.

El reino de la Razón abarca todas las regiones de la actividad humana: actividad intelectual, actividad artística, actividad moral; comprende el completo ideal social. Tal es el dominio íntegro de la Razón, el cual no se nos ha manifestado por una revelación teológica, desenvuelta por los métodos de la escolástica antigua; ya no aceptamos la autoridad de las afirmaciones *a priori*. Hoy, en el orden moral, lo mismo que en los órdenes físico, biológico y social, la Ciencia y la Razón modernas descansan sobre una misma base: el conocimiento de los hechos y de sus relaciones generales comprobados por la observación y experimentación de los fenómenos na-